

CAPOBIANCO, Richard (2020). *La vía del Ser de Heidegger*. Madrid: Guillermo Escolar, 168 pp.

Este libro nos lleva por senderos que van desde un meditativo Heidegger que observa la arbolada a través de su ventana hasta a la Bahía Vizcaína (Miami, Florida) con su emblemática escultura del Centinela del Río, de Manuel Carbonnell. En esta misma obra se convocan al diálogo a la poesía de Hebel, de Hölderlin, de Parménides y a los fragmentos de Heráclito. Diálogo que el mismo Heidegger tuvo y expresó en cursos, comentarios y otros textos; muchos de los cuales usualmente son poco frecuentados (y, por lo mismo, la mayoría todavía sin traducción), y en los cuales, sin embargo, nuestro autor ha encontrado dos hilos conductores primordiales: la pregunta por el sentido del ser [*Seinsfrage*], así como la constante advertencia ante el *olvido del ser*. Temas que para Capobianco son el centro de todo el pensamiento heideggeriano, y por el cual su proyecto filosófico adquiere una cierta unidad.

Para el autor, contrario de otros comentaristas, el pensamiento de Heidegger siempre se centró en este mismo asunto y nunca quedó realmente escindido. Para él, quienes insisten en escindir el proyecto heideggeriano es porque no alcanzan a advertir la consistencia de su filosofar. Retornar a la pregunta esencial, así como mostrar dicha unicidad en el proyecto heideggeriano, es el objetivo de su obra. En parte, su preocupación se debe a que la influencia de Heidegger ha dado lugar a nuevas investigaciones académicas en una variedad de disciplinas, las cuales han perdido de vista esta importante pregunta central y, en su lugar, han priorizado únicamente al *Dasein* y a su capacidad de dar sentido.

Así pues, Capobianco busca mostrarnos que, lo que Heidegger contempló con cierto asombro desde su ventana no fue sólo el hermoso paisaje, sino el imperar de aquello por lo cual los seres se

manifiestan; aquello que ya desde *Ser y Tiempo*, y a lo largo de su vida, trató de expresar a pesar de darse cuenta que el lenguaje y su gramática son insuficientes para pensar en torno al ser. Hay otros modos de *decir* distintos, con otro tipo de rigor que el de la ciencia positiva o la filosofía analítica, como la poesía y la música, e incluso a través de la naturaleza. Así, Heidegger advirtió la presencia manifiesta del *ser mismo* como Naturaleza o *Physis*, como lo abierto. Una experiencia que ya habían referido los griegos y que está en todas partes, se oculta y se desoculta; y cuyo despliegue, a su modo, también es revelado en los versos de Hölderlin, Hebel, en las palabras del naturalista John Muir, en las composiciones de Mozart, y en cierta forma, está manifiesto en el mismo poema de Parménides o en los fragmentos de Heráclito. Ésta es la *experiencia griega* de la Naturaleza (*physis*), la que, a ojos de Heidegger, es la experiencia de cada poeta, artista, compositor y de cualquiera capaz de advertir el velado vaivén del Ser.

Por otra parte, una de las primeras observaciones que Heidegger realiza al respecto es que desde el comienzo del filosofar la *verdad* se ha encontrado íntimamente ligada al ser. No sólo Parménides, para quien *ser* y *pensar* son la misma cosa, también Aristóteles y Heráclito esa experiencia original comprendía a la verdad como lo «des-oculto» (pp. 31-32) de los seres mismos. En este sentido la verdad se encontraba en estrecha relación con el *logos*, ya que nos permite *ver* a un ente, revelándolo de su estado oculto, es decir, des-ocultándolo. El ser mismo del *logos* es el des-ocultamiento del ente, es la verdad como *aletheia*. La *Aletheia* griega posee un carácter privativo (a: partícula privativa; *lethos*: ocultamiento), carácter que fue dejado de lado en las posteriores interpretaciones filosóficas.

De tal suerte que, para ciertos filósofos anteriores a Heidegger, la verdad no es más que una característica epistemológica, perdiendo así esta visión griega del desocultamiento y permaneciendo como una verdad relacionada al intelecto cognoscente, la cual, por cierto, es derivada de la verdad como propia del ser mismo: «[...] esa “verdad” en el sentido de *alétheia*, es el comienzo de la esencia de la *physis* misma y de las divinidades y los hombres que a ella pertenecen»¹. Frente a esta tradición que le ha entificado y vuelto presencia y sustancia, Heidegger emprendió distintos planteamientos de la pregunta por el sentido del ser y nuevos caminos que le acercaran a expresar aquella experiencia griega del ser como *physis*, como *aletheia*. Por lo mismo, después del *Dasein* de *Ser y Tiempo*, se busca otro modo de acceder hacia el pensar el ser, se da prioridad al ser ya sin el *Dasein*.

Así pues, en los cursos de Heráclito, Heidegger indicó que la relación del ser (*aletheia*, *physis*) con el *Logos* no se da sólo en el *decir*, también está en la *escucha*. El ser mismo como *Logos* no es un discurso exclusivo del ser humano o un decir que podamos simplemente formalizar en conceptos y proposiciones; el ser mismo es aquello supuesto a toda proposición y a todo concepto; excede su sentido. *Logos* es una voz que, más bien, debe escucharse tal como Heráclito lo señaló: en una disposición de *escucha superior*, gracias a la cual podemos dar cuenta de que todo lo que es, todos los entes, armonizan en su conjunto, en unidad: “*Hen Panta*” (pp. 132-134).

En pocas palabras, a lo largo del libro se van entretrejiendo finamente los distintos nombres que Heidegger usó para referirse al ser, todos los cuales, pese a sus sutiles diferencias, intentan dar voz de lo mismo pero cada uno a su manera: *Physis*, *Aletheia*, *Es gibt*, *Logos*, *Ereigins*, *Lichtung*...; cada uno recibe una prolija articulación que, en

diálogo con los textos originales, muestra su entramado con los demás, revelando así la importancia de la pregunta por el ser a lo largo del corpus heideggeriano. De tal manera, el *ser mismo* aparece como ese surgimiento y ocultación de los seres, que por sí mismo no es un ente entre otros, y que, como Heidegger bien lo ha señalado asiduamente, no puede considerarse como una presencia fija, sino en un perpetuo fluir, o en un constante andar; razón por la que se introduce la expresión: *la vía del ser*.

La vía del Ser es el sendero del pensar, en donde se abre la posibilidad de *vislumbrar* como el ser es Uno, de recuperar el venir a presencia del *Logos* primordial... Sendero en donde, y gracias al cual, los seres se manifiestan y/o menguan. Expresión que también evoca la experiencia del ser revelando que éste no puede reducirse a su sentido, ni al *Dasein*, ni al hombre como sujeto racional (y caer en una visión antropocéntrica). Poner como medida central la *Physis* y no al *Dasein* es reconocer los límites de su comprensión [*Verstehbarkeit*] aunque sin menospreciar su *logos*, ni su capacidad de dar sentido: «la verdad del Ser no se agota a sí misma en el *Dasein*»². Heidegger puso los esfuerzos de su vida en traer al lenguaje lo que él vislumbró: la emergencia de todos los seres y cosas en su conjunto, en su tomar, persistir y esperar traídos por aquél fluir difícil de ver; y que, no obstante, es dación de todos ellos sin ser por sí mismo un ente. Es un flujo espacio-temporal del darse de todas las cosas, es el ser como *physis* como *aletheia*.

En su conjunto este libro nos ofrece una lectura de Heidegger muy bien examinada, sin caer en un análisis lógico de conceptos. No obstante, no es para quienes pretendan iniciarse al estudio de Heidegger, pues en él se asume ya un conocimiento y familiaridad previos, de los tópicos y del vocabulario heideggeriano general. Aunque, sí es una obra que invita a pensar desde una

¹ GA 55, p. 175, citado por Capobianco a p. 54.

² GA 9, pp. 373-374, citado por Capobianco a p. 109.

perspectiva heideggeriana que no debemos pasar por alto; desde la experiencia del ser, más allá de todo subjetivismo u objetivismo. En definitiva, este libro puede serles de gran ayuda a todos aquellos lectores que buscan entender las obras posteriores a *Ser y Tiempo* y la relación de ésta con los griegos, Hölderlin, la naturaleza (*physis*),

Ereigins, etc. Sin duda es un gran aporte a la literatura heideggeriana puesto que nos da una visión global de su proyecto, a la vez que nos incita a seguir andando por *la vía del Ser*.

Daniela Ortega De la Madrid

HUSSERL, Edmund (2020). *Introducción a la Ética*. Madrid: Trotta, 364 pp.

El volumen *Introducción a la Ética*, editado por Mariana Chu, Mariano Crespo y Luis R. Rabanaque, recoge en diez capítulos las lecciones impartidas por Husserl en la Universidad de Friburgo en los semestres de verano de 1920 y 1924 tituladas *Introducción a la Ética* y *Problemas fundamentales de Ética* respectivamente. El texto fue publicado en el volumen XXXVII de *Husserliana*. Los textos que ven la luz en castellano en esta obra recogen las últimas lecciones de ética impartidas por Husserl, y constituyen un puente entre la ética formal de los años de Gotinga y los escritos relativos a la facticidad y a la posibilidad de una existencia auténtica de años posteriores. En esta época de Friburgo, Fichte tendrá en Husserl una influencia semejante a la que había tenido Brentano en los años de Gotinga. Mariana Chu dedica buena parte de la presentación a mostrar con detalle esta evolución del pensamiento de Husserl desde la fundamentación de la ética en la objetividad de las leyes a una fundamentación genética más centrada en el concepto de persona y en el fin de la vida ética que aparece en estas páginas.

El hilo conductor de las lecciones recogidas en este volumen es la génesis de la vida ética. En todas ellas, y de modo reiterado, Husserl defiende la validez de los principios éticos frente a cualquier forma de hedonismo con la misma insistencia con que defendía la validez de los

principios de la lógica frente al psicologismo. Desvinculando su fundamentación de los hechos psíquicos, Husserl trata de delimitar el concepto de ética como disciplina filosófica.

El primero de los textos que componen este libro es de carácter más sistemático que el resto y está dedicado a la caracterización de la ética como disciplina técnica universal. Para ello, Husserl establece un paralelismo con la lógica, paralelismo que se justifica en la medida en que ambas son disciplinas normativas. Sin embargo, la ética no puede limitarse a determinar leyes formales, sino que debe preguntarse también por la legitimidad de los fines de la voluntad. De ahí que, en este momento, Husserl defienda que la normatividad de la ética incluye a la de la lógica en la medida en que los juicios científicos son un modo concreto y particular del actuar en general.

Para comprender bien el alcance de esta afirmación, es preciso puntualizar que, Husserl distingue explícitamente la ética de la filosofía moral: la ética es ante todo la persona y en la medida en que los juicios éticos se refieren también a la comunidad, tiene además un carácter social.

En el resto del capítulo, Husserl, distanciándose de Brentano, muestra que cualquier disciplina técnica se funda al menos en una disciplina teórica e insiste en la ambigüedad del concepto de «disciplina técnica», ambigüedad que